

EL DEFENSOR DEL OBRERO

La crisis moral de Europa

Europa está empobrecida, su-
trampada y, sobre todo desmora-
lizada.

De la ruina puede levantarse
por un esfuerzo supremo de vo-
luntad. Pero ¿existe la voluntad
para el esfuerzo?

Los publicistas de todos los
países europeos hablan de una
ola de pereza, de una ola de vi-
cio, de una ola de disolución ge-
neral.

A la era bélica de disciplina
coactiva de privaciones, de sa-
crificios, de sufrimientos físicos
y morales, de hipertensión ner-
viosa por los horrores y los es-
pantos de la guerra, sucede este
periodo de desenfreno, de relaja-
ción en todos los órdenes de des-
organización social, política y
económica; de nueva hipertensi-
on por un enfermizo goce de
vivir y de agotar la capacidad
para el placer sensual, como si
la sociedad entera estuviese atar-
cada de una especie de neuritis
colectiva que destruye en
su raíz la voluntad del bien y los
gérmenes fecundos de vitalidad.

Algunos que se han estado psi-
quico morbosos, la crisis de la
producción europea seguirá sin
síntomas de solución; se prolonga-
rá y se agravará. La crisis mo-
ral es la peor de todas la crisis,
porque mientras no desaparezca
ella, es imposible que las demás
tengan solución adecuada.

M. Hoover, delegado nortea-
mericano en el Consejo económi-
co interaliado ha apuntado deter-
teramente, como obstáculo prin-
cipal, la reconstrucción de Euro-
pa, la desmoralización de las
fuerzas productivas, que siguen,
sobre todo por parte del elemen-
to obrero, la teoría de la limita-
ción del esfuerzo. Y, por cierto,
dicho señor, con tono severo,
mitad de predicador y mitad de
lúctur ha amonestado a los pue-
blos y gobiernos europeos y les
ha amenazado con negarles o
acortarles la ración yanque, si no
se portan como buenos chicos,
trabajando mucho, siendo sobrios
y dejándose de armamentos mi-
lítares, de revoluciones, de tras-
torños y algaradas.

Los gobernantes, los hombres
de Estado, los publicistas, y en-
tre éstos aun los arreglistas, se
han tornado en moralistas predi-
cadores. Ni no con el ejemplo
cuando menos, con palabras bri-
llantes y fuertes para impresionar
a las multitudes. Destácase,
entre los gobernantes, el «pri-
mer» ministro inglés M. Lloyd
George. Su último discurso en el
Parlamento ha respondido a la
característica tradición británica
de exponer crudamente, quizá
exageradamente, los puntos ne-
gros de una situación que se de-
sea corregir y transformar. Y,
realmente, el discurso ha produ-
cido el efecto de intimidación de-
seado, y se espera que también
provoque la reacción moraliza-
dora. En el buen sentido práctico
de las inglesas se confía para que
asi ocurra.

Entre los publicistas, elegimos
para su citación a Lysis, por pro-
ceder éste de las filas del anti-
guo socialismo y ser el fundador
del nuevo partido de la «Demo-
cratie nouvelle» y director del
diario que lleva ese mismo nom-
bre. Dice Lysis: «A la grave des-
organización económica y polí-
tica que estamos padeciendo, se
añade una disolución de costum-
bres espantable, y de la cual no
se puede extrair, porque evi-
dentemente nos hallamos frente
a un régimen que muere, conta-
minando a la sociedad entera. El
mecanismo de esta corrupción
aparece claramente: privada de
una dirección intelectual y mo-
ral, la humanidad vuelve poco a
poco al estado bestial de las an-
tiguas edades; se había elevado
en la civilización y la moralidad,
porque había tutores para man-
tenia en el recto camino; pero al
desaparecer éstos, se retiraba gra-
dualmente a las condiciones de
animalidad que le son familia-
res».

Claro está que nosotros no
adoptamos esas frases, por que los
católicos tenemos un guía sumer-
sido en el Vaticano de Orato y la
Iglesia; pero es indudable que
ellas se aplican exactamente a
los pueblos que se separan de
Cristo y se abismen en las ne-
gaciones divinas.

Pero el escritor proclama,
no obstante su ateísmo, se aco-

ge implícitamente al concepto
cristiano de la vida para repudiar,
fustigar y excoar la «gran moda
del vestir, o mas bien; del des-
vestir femenino; de las danzas
obscenas, como el tango; del ju-
gar, del despilfarro de las cosas
caras, cuanto mas caras, mejor
para el lucimiento vanidoso; del
derroche de dinero, de salud, de
fuerzas vitales».

Toda esta inmundicia deshor-
dada, al decir del publicista nom-
brado, en las playas francesas,
entre nosotros asoma, pero aun
es tiempo de cerrarla al paso,
como urge hacerlo. Porque si las
clases burguesas pierden el sen-
tido de la honestidad, del deber,
del deber social, ¿cómo pedir a
nadie, y menos a las clases tra-
bajadoras, el espíritu de sacrifi-
cio, ni la disciplina, ni el dominio
moral de uno mismo que se exi-
gen para la vida normal de la
humanidad?

La causa última de la ruina
de los pueblos y de las econo-
mías nacionales está, según frase
de otro escritor «en la des-
aparición de las fuerzas morales».
Y había que abismo se precipita
Europa la guerra no ha parado
cáido bastante a los pueblos eu-
ropeos. Ciertamente hay en es-
tos grandes cambios, se en par-
te activos en la obra de mora-
lización indispensable. Y ante el
peligro que nos cerca, urgente
es que nos abismos cada día más
vigorosamente.

Ramón de lascoaga

QUE AYUDO!

Kiddia caloroso
ya cayendo, al ocase carinaba
con paso perezoso,
pues dejar le costaba
aquel taller en que JESUS jugaba.
Tan bello estaba el niño
junto al vacío palomar, sentado,
que abría, conñado,
buscando con cariño
ser de sus palomitas rodeado.
La Madre con delicia
el juego contemplaba embalsada,
poniendo en marcha
con materna caricia
su corazón «catero» en la «trader»
Kiddia la «caricia»
y un beso en sus dedos escondiendo
hacia la dulce Madre los volví
y «para la «caricia»
con «para la «caricia»
«De pronto se desprende
del regazo del Niño una paloma»

El cogera pretende,
más allá el vuelo toma
la mano hiriéndole que JESUS le tiende:
Acérese la Madre y va besando
las dos manos vivas, preguntando,
y le hizo d'ho, h'ho mío ¿dime donde:
y Él muy bajo responde:
«Aquí, Madre» su pecho señalando,
E Niño «estaba ¿viste?»
«¿Cuántas veces, en horas silenciosas
con quejas amorosas
la llambas» porque de mí te fuiste?
«Ven a cerrar la herida que me hicistes
«¿Cuántas otras, su Madre lo miraba?
y una perla vela
que el azul de sus ojos empañaba...»
«¿En que piensas Bijo mío?» le decía...
«¡Oh Madre! siempre en ellas respon-
«(da)

Una tarde impregnada
de suaves aromas
sacriéndole su mano delicada
de concha nacarada,
de beber daba el Niño a sus palomas.
Cada una se arrojaba
besando con sus «cágrimas» destellos
aquella pura frente
y aquellos «jos bellos»
de los cuales se le z tomaron ellos.
De pronto el Niño hermoso
oyó un «cá» «cá»
con un «cá» «cá»
y homilde y doloroso
qu' anillo a un «cá» bien conocido.
Volvióse... y qué alegría
¡fueron el AMOR «cá»
su pa oma volvi
«cá» sus pies yacía,
llorando, q' «cá» abandonado
Mas... ¡ay!... y «cá»
volvía la paloma dese da
rotas las «cá»
subacuando «cá»
donde pedían «cá»
Allí quedó «cá»
más con gesto divino y soberano
porque más se «cá»
tendió JESUS la mano...
¡pequeño «cá»
La cogió... y «cá»
en sus brazos «cá»
una vez y otra vez la fue besando...
Luego el pecho rasgando
la me «cá»
y los «cá»
y las gulas del «cá»
fue «cá»
de su Ma «cá»
«¿Juntos a los dos en un abrazo
y «cá»
siles «cá»

MI PROPIO CORAZON LE DOY POR
CUIDO

Estudios Sociales

SI, PERO
Este pero... es un «cá»
nuevo «cá»
poca honra «cá»
«dices», es «cá»
sus «cá»
«¿Querés «cá»
«cá»